

CAPÍTULO I

Nada había vuelto a ser igual desde su marcha, un gran vacío se había apoderado del día a día de Josuá y Jimona. Supermendruguito hacía tiempo que se había ido y desde entonces no habían vuelto a saber de él, nada, ni una llamada, ni una visita, era como si no hubiera existido. Si no fuera por las hojas de periódico que Josuá guardaba en su carpeta sobre la explosión de la fábrica, les parecería que todo fue producto de su imaginación. Pero no, jamás podrían olvidar a su amigo, allí estaban los recortes de tela con los que hicieron su traje de súper héroe para recordarles que todo fue muy real.

Los niños estaban tristes, aunque comprendían los motivos por los que su amigo se había ido. Supermendruguito era un trozo de pan con súper poderes, podía volar, levantar cosas mil veces más grandes y pesadas que él, no era un ser para estar escondido en un bolsillo. Josuá y Jimona, a pesar de su edad, sabían bien el significado de la palabra amor, sabían que si se quiere de verdad a alguien no se le puede obligar a quedarse con nosotros, hay que dejar que sea libre y esperar a que tal vez algún día vuelva.

En la escuela sí que habían cambiado las cosas, Adam seguía sin molestar a nadie y una especie de complicidad secreta se había forjado entre todos los amigos que aquel día se subieron a la barca para llevar al trozo de pan hasta el centro de la mancha de petróleo, sin embargo, nadie hablaba de lo sucedido.

El tiempo pasaba lento.

Un día, a la salida del colegio, mientras se dirigían a sus casas, Jimona vio un cartel pegado a una farola.

- ¡Eh! Josuá, mira esto. – dijo la niña llamando la atención de su amigo.

Josuá siguió su camino sin hacer caso.

- Vamos Jimona es tarde, tengo hambre, además hoy tenemos clases de inglés, hay que comer rápido.

- ¡Venga será un segundo! Este cartel dice que va a haber una prueba para niños y niñas que quieran participar en un concurso de repostería. – Insistió Jimona, visiblemente emocionada.

- Reposte... ¿qué? – preguntó Josuá dándose la vuelta para hacerle caso a su amiga.

- ¡Repotería!, ¡ya sabes!, hacer pasteles, tartas, bizcochos, dulces, todo eso. – contestó Jimona.

- ¿Y lo van a hacer aquí, en nuestra ciudad? – preguntó Josuá un poco más interesado.

- Sí, mira, dice que con motivo de la inauguración de la nueva fábrica de galletas que se ha instalado tras la explosión donde estaba la vieja fábrica de petróleo, se va a celebrar las pruebas de un famoso concurso de televisión que buscan a niños y niñas que sepan cocinar. Al parecer están yendo por todo el país, los elegidos participarán de la gran final que se grabará en la capital y que podrá verse por televisión en todo el mundo. – explicó Jimona.

- ¿Y qué hay que hacer? – volvió a preguntar el niño.

- ¡Ay Josuá, ya te lo he dicho, hacer pasteles! – volvió a decir Jimona, cada vez más nerviosa e ilusionada.

- Pero, ¿y nosotros qué vamos a hacer? – replicó Josuá, que sin embargo, empezaba a sopesar en serio la posibilidad de participar.

- Josuá, tú puedes hacer las famosas tortitas secretas de tu padre, y yo la tarta de chocolate de mi madre. ¡Ay, estoy tan ilusionada!, piénsalo, podríamos ir a la tele, demostrar que puedo hacer las mismas cosas que cualquier otro o incluso mejor, ¡Josuá di que sí, di que vamos a apuntarnos! – Le imploró.

Josuá se quedó mirando a su amiga, comprendía muy bien lo que le decía, ella siempre quería demostrar que el tener una sola mano no le impedía hacer las mismas que los demás, eso era algo que admiraba en ella, por otro lado, el hecho de poder salir en la tele también le gustaba, eso era hacer algo diferente, y no había nada que le gustara más a Josuá que hacer cosas distintas a los demás. Lo pensó unos segundos, y luego dijo – Está bien, nos inscribiremos, pero sólo hay un problema.

- ¿Qué problema? – preguntó Jimona

- Que como bien has dicho, la receta de las famosas tortitas de mi padre, ¡es secreta! – respondió Josuá, y ambos amigos salieron corriendo para sus casas, mientras reían a carcajadas.

CAPÍTULO 2

La nueva fábrica era impresionante, por fuera aunque sus paredes eran de ladrillos, estos tenían la forma y el color de pequeñas galletas doradas. Tras la catástrofe y los inexplicables acontecimientos que habían ocurrido alrededor de la anterior fábrica de petróleo, las autoridades habían comprendido la necesidad de cambiar de actividad en la zona y habían autorizado la instalación de una fábrica de galletas, de la que parte de sus beneficios iban destinados a la lucha contra la contaminación en los océanos.

Josué y Jimona atravesaron la impresionante puerta, también con forma de dos enormes galletas, que daba acceso a su interior, acompañados por sus padres y madres. Una vez dentro la fábrica no era diferente a todas las demás, máquinas de las que salían chorros de masa de galleta y robots que la cortaban en cuadraditos se disponían por todas partes, cintas transportadoras llevaban los cuadraditos a grandes hornos, y multitud de hombres y mujeres traían y llevaban cajas con las succulentas galletas de aquí para allá. Un intenso olor dulce a galleta recién hecha, envolvía el ambiente. A la izquierda, los niños pudieron ver un enorme cartel, igual que el que vieron en la farola, y una larga cola de niños y niñas también con sus papás y mamás, indicaba la zona donde se iba a celebrar la prueba.

En una gran sala estaban dispuestas cincuenta mesas, en cada una de las cuales había un pequeño horno y todos los ingredientes y utensilios necesarios para poder hacer los dulces y pasteles. Una señora con un micrófono en la mano, indicaba por los altavoces que las pruebas iban a comenzar.

A cada niño y niña se le había asignado un número, así que se dirigieron hacia la mesa cuyo número coincidía con el de ellos. Jimona y Josué, tenían el 29 y el 30, por lo que estaban uno al lado del otro. Al ir hasta sus mesas vieron que algunos de sus amigos también estaban allí, justo delante de ellos estaba Laura, un poco más allá, la pequeña Eva, y un par de filas por detrás, con cara de asustado, se encontraba Alejandro que los saludaba con la mano.

- Esto es más grande de lo que pensaba – dijo Josué, que miraba a su alrededor muy asombrado.

- ¿Seguro que te acuerdas de todos los pasos e ingredientes para hacer las tortitas Josué? – preguntó Jimona, sin reparar en el comentario de Josué, pues estaba muy concentrada comprobando los aparatos y revisando todo lo que había en la mesa.

- ¡Pues claro! – respondió Josué – Mi padre me ha explicado paso a paso su elaboración, y he memorizado las cantidades e ingredientes que necesito, me dijo que es una receta familiar muy antigua, creo que en el fondo le ha hecho ilusión que vaya a hacer sus tortitas.

- Buena suerte, espero que nos salga todo bien. – añadió Jimona que miraba hacia el enorme reloj que marcaría el inicio de los sesenta minutos que todos los niños y niñas tendrían para elaborar sus pasteles.

Una bocina y la puesta en marcha del reloj, dieron el pistoletazo de salida. De inmediato noventa y nueve manos empezaron a cortar, batir, amasar, diluir, espolvorear, remover, abrir y cerrar, destapar y tapar, encender y apagar, por todas las mesas. Los niños y niñas se movían como en un perfecto baile alrededor de sus mesas, sólo se oían los sonidos de los electrodomésticos y el tintineo de los utensilios de metal al chocar unos con otros.

Jimona había hecho aquella tarta de chocolate cientos de veces, conocía su elaboración a la perfección, así que pensó que debía poner mucho amor en lo que estaba haciendo y prestar atención a los detalles, si a una galleta le faltaba un trocito, por minúsculo que fuera, la desechaba y buscaba otra que estuviera perfecta, controlaba la temperatura del café en el que mojaba las galletas para que fuera exactamente siempre la misma y las dejaba sumergidas los mismos segundos, ni uno más ni uno menos. Las capas de la crema de chocolate, mantequilla, claras de huevo y azúcar que había preparado, siempre tenían el mismo grosor. Y así, poco a poco, usando su única mano, fue montando una tarta preciosa.

Por su parte, Josué andaba un poco liado, empezaba a tener dudas sobre las cantidades y no se aclaraba bien con el peso. Estaba seguro de que en algún momento, uno de los pasos que su padre le había enseñado, no lo había seguido bien. La masa que había resultado, lejos de ser líquida y manejable, era demasiado espesa. Estaba convencido de que se había equivocado en las cantidades de harina y tampoco tenía certeza sobre la que había utilizado de levadura. Miró al reloj y comprobó horrorizado que no había tiempo para empezar de nuevo, al pasar la vista por las demás mesas, vio que Laura ya estaba metiendo su bizcocho en el horno y que su amigo Alejandro tenía un sin fin de cacharros sucios por toda la mesa y la cara completamente manchada de chocolate. Jimona, miraba su tarta desde todos los ángulos como un escultor que esculpe su obra más importante. Así que tomó una decisión, de todas formas era un concurso y lo importante era participar, no echaría la masa en la plancha para hacer tortitas, la metería en el horno y vería que pasaba.

El tiempo corría y la misma señora del micrófono, indicó que quedaban sólo cinco minutos. Jimona limpiaba con una servilleta los bordes del plato donde había dispuesto un trozo de su tarta cortada con precisión milimétrica, adornado con virutas de chocolate y ralladura de coco esparcidas en el mismo sentido de las agujas del reloj y exactamente a la misma distancia del centro del plato. Josué sacó sus trozos de masa horneada y comprobó que tenían formas muy raras. Buscó alguno que tuviera una forma bonita y bien proporcionada pero no encontraba ninguno, la masa al caer en la bandeja se había esparcido y la realidad es que todos los trozos parecían pegotes estrellados.

- ¿Qué hago? – se dijo para sí mismo – todos han salido muy feos. Josué volvió a mirar a Jimona que ya estaba recogiendo y limpiando su mesa.

Pero cuando ya estaba a punto de rendirse, Josué vio un trozo de masa con una forma peculiar, le resultó muy familiar, lo despegó con cuidado y lo puso sobre un plato. Con

chocolate de diversos colores fue adornándolo con esmero y justo cuando le dibujó el último detalle, sonó la bocina que indicaba que el tiempo se había acabado.

Los dos amigos se miraron satisfechos.

- Has hecho una tarta muy bonita Jimona y tiene un aspecto delicioso. – dijo Josuá desde su mesa, admirando la creación su amiga.

- ¡Gracias! – dijo Jimona ruborizándose – ¿pero tu al final no has hecho las tortitas, no? – preguntó la niña fijándose por primera vez en el plato de Josuá.

- No, he tenido que improvisar, la masa me quedó muy espesa, he hecho una galleta. – Respondió el niño mientras levantaba un poco su plato para que su amiga pudiera ver el interior.

- ¡Oh! – exclamó Jimona - pero si tiene la forma de... - La niña se tapó la boca sin terminar la frase.

- ¡Sí! he hecho una galleta de Supermendruguito, uno de los trozos de masa tenía su forma, con chocolate color vainilla le he dibujado el cuerpo, con este de color azul los guantes y la malla, con este negro al que le he mezclado un poco del blanco, he hecho el gris de sus pantalones, el verde para la capa, y con este morado el antifaz. – Josuá sonreía feliz por el resultado.

- ¡Te ha quedado genial Josuá! – le animó Jimona – ¿y qué tal sabe? – preguntó.

- Pues no tengo ni idea – reconoció Josuá – No he probado la masa en ningún momento.

Con la conversación, los dos amigos no se habían dado cuenta que los jueces encargados de valorar y puntuar los dulces, se habían acercado a sus mesas. Uno de ellos levantó el plato de Jimona y sosteniéndolo frente a su cara, miró el trozo de tarta de chocolate desde distintos lados, exactamente igual que había hecho la niña minutos antes. Luego, con una pequeña cuchara, cogió un trozo y mezclándolo con las virutas de chocolate y la ralladura de coco, se lo llevó todo a la boca. Masticó durante unos segundos y apuntó en su cuaderno sin hacer ningún comentario.

Acto seguido fue el turno de Josuá, el mismo juez se acercó al plato donde estaba la galleta con forma de Supermendruguito, la observó, la tocó con un dedo, rompió un trozo y se lo metió en la boca. Tras masticarlo, realizó la misma operación que con Jimona, anotó en su cuaderno y se dirigió a la siguiente mesa, sin decir nada.

CAPÍTULO III

Los nervios se habían apoderado de toda la sala de espera. Los niños y niñas que habían participado en la prueba, esperaban junto a sus padres y madres a que el jurado terminara de decidir cuáles habían sido los mejores dulces. De pronto, la misma voz femenina que habían estado oyendo toda la mañana por megafonía, avisaba a los concursantes que la decisión se iba a comunicar ya.

Josué y Jimona se dirigieron, junto al resto, hacia la zona donde habían dispuesto un pequeño escenario para los jueces. Uno de ellos, tomó la palabra.

- Buenas tardes a todos y a todas, especialmente a los pequeños que han participado del concurso y que nos han demostrado, igual que ha ido ocurriendo en otros puntos del país por donde hemos pasado, que en esta ciudad, también hay magníficos reposteros – el señor que hacía de portavoz del jurado, hizo un gesto con la mano a una de las señoras que estaban detrás de él, para que se acercara – antes de desvelar el nombre del ganador o ganadora, quisiera que se acercara la señora Olimpia Megvia, directora ejecutiva de esta fábrica, a la que agradecemos desde la organización del concurso, el que nos haya permitido usar sus instalaciones para poder desarrollar la prueba.

Tras decir eso, la mujer que estaba junto al resto de componentes del jurado, se acercó para recoger el micrófono que le ofrecía el portavoz.

- Ha sido todo un honor el que las pruebas para elegir al niño o la niña de esta ciudad que irá a la gran final, se haya realizado en nuestra fábrica. Así que las gracias os la damos nosotros. Enhorabuena y mis felicitaciones a todos los participantes – Dijo la directora devolviendo el cumplido y el micrófono.

Josué y Jimona, no podían más con tanta expectación.

El portavoz del jurado volvió a tomar la palabra.

- Bueno, ahora vamos a decir el nombre de la persona que en este caso, consideramos ha hecho el mejor dulce. Lo que hemos valorado ha sido, no sólo su sabor y la presentación del plato, sino la ilusión y el cariño con el que se nota, lo ha hecho. Sin más, queremos felicitar y pedir que suba a este escenario con nosotros, a - todos los niños y niñas apretaban los puños y esperaban con impaciencia oír el nombre del ganador – ¡Jimona!

Tras oírse el nombre, un sonoro aplauso inundó la sala y todas las miradas se volvieron hacia la niña que a su vez, miraba a su amigo con cara de asombro y los ojos muy abiertos, sin poder creer que había sido ella la ganadora. Josué también la miraba con una gran sonrisa mientras aplaudía con fuerza. Estaba muy feliz por ella.

- Te lo mereces – le dijo a su amiga - ¡Corre! ¡Sube!

Jimona, aun sin poder creerlo, les dio un beso a sus padres que también aplaudían como locos, y subió al escenario.

- Hola Jimona – le dijo el portavoz del jurado – tu tarta nos ha encantado, enhorabuena, eres la elegida para poder participar en la gran final del concurso que se grabará en la capital y que será televisado en todo el mundo, donde pondrás a prueba tus dotes como repostera ante niños y niñas de todo el país y enfrentarás tu tarta de chocolate a los dulces de los demás. El ganador final, además de un viaje para él y sus papás a cualquier parque de atracciones que elija, tendrá el honor de que fabriquemos su dulce y lo enviemos a todos los países para hacerlo mundialmente conocido, ¿quieres decir algo? – tras la pregunta le acercó el micrófono a Jimona que lo agarró temblorosa.

Jimona, a pesar de ser una niña muy segura de sí misma y con las ideas muy claras, sólo acertó a decir un tímido “gracias”, devolviendo rápidamente el micrófono.

Otro fuerte aplauso, recorrió la sala.

- Pero antes de terminar – tomó la palabra de nuevo el portavoz del jurado – la señora Megvia, tiene otra sorpresa más que comunicar - Y le volvió a ceder el micrófono a la directora de la fábrica.

- Así es – confirmó ella – porque aunque las bases del concurso establecían que se elegiría a un único ganador, hemos pedido a la organización del concurso que nos permitiera como excepción, elegir nosotros también uno de los dulces que se han elaborado hoy y que su autor represente a la fábrica en la final. Hemos elegido un dulce que tiene mucho que ver con nosotros, que tiene mucho sentido que se hiciera en una fábrica como esta – todos los niños y niñas se miraban entre sí – y que además nos ha sorprendido por su exquisito sabor y originalidad. Estoy hablando – en la sala a penas se oía el sonido de las respiraciones de los allí presentes – ¡de la galleta de Josuá!

Josuá dio un gran salto y se abrazó a sus padres, él sí que no podía creérselo, había hecho una galleta, sí, pero por casualidad y sin saber cómo. Sin embargo, había gustado, sorprendentemente había gustado, así que corrió al escenario a abrazarse con su amiga.

- ¿Puedes creerlo, Josuá? ¡Vamos a ir los dos a la tele!, ¡vamos a hacer otra vez nuestros dulces!, ¿no es alucinante? – dijo la niña verdaderamente entusiasmada.

A lo que Josuá, con un tono más de preocupación que de alegría, respondió - ¡Alucinante Jimona!, ¡alucinante!

CAPÍTULO IV

- Josuá, ¿por qué estás tan callado?, desde el concurso llevas unos días muy raro y apenas has dicho una palabra desde que nuestros padres nos dejaron con la azafata en el aeropuerto. ¿Te da miedo viajar sólo? – le preguntó Jimona a su amigo.

- ¿Eh?, ¡no, que va!, bueno un poco sí, nunca había viajado sin mis padres, pero no se trata de eso. – respondió Josuá.

- La verdad es que a mí sí me da un poco de miedo, menos mal que te eligieron también a ti, creo que no me habría atrevido a venir si hubiera tenido que hacerlo completamente sola. – dijo Jimona sincerándose con su amigo.

- No digas eso, ¿por qué, no?, una azafata va pendiente de nosotros todo el vuelo, tenemos estos cartelitos con nuestros nombres y a la llegada nos estarán esperando personas de la organización del concurso, en realidad no tenemos nada que temer. Además nuestros padres vendrán pasado mañana para vernos en la final. – Josuá trataba de animar a su amiga, pues se había dado cuenta de que estaba preocupada.

- ¿Entonces qué te pasa? – volvió a preguntar Jimona.

Josuá dejó de mirar las nubes que pasaban junto a su ventana y se giró en su asiento hacia Jimona.

- No sé hacer la galleta. – Soltó al fin.

- ¿Qué? – preguntó muy sorprendida la niña.

- Lo que oyes, que no sé hacer la galleta. Todo fue un desastre, me confundí con las cantidades, no sé cómo hice aquella masa, no puedo volver a hacerla. Todo el mundo va a saber que soy un fraude – Dicho lo cual Josuá se dejó caer en el asiento mirando hacia el techo del avión con las manos entrelazadas sobre la cabeza.

Jimona que no supo qué decir, cambió el tema de conversación para avisar a su amigo de que se pusiera el cinturón, pues se habían encendido las luces que así lo indicaban, señal de que iban a aterrizar.

Después de un pequeño viaje en coche, Josuá y Jimona llegaron al hotel donde dormirían, y donde dentro de dos días, grabarían el programa para la televisión. Era enorme, por todas partes había niños y niñas tirando de maletas en busca de sus habitaciones. El ambiente era alegre, se notaba que todos los participantes estaban ilusionados con la oportunidad de salir en la tele y demostrar lo que eran capaces de hacer. Bueno, todos menos Josuá, que cada vez tenía más la sensación de que estaba entrando en un callejón sin salida.

Una vez que todos los niños y niñas habían dejado sus maletas en las habitaciones, bajaron a la cocina para conocer el lugar donde practicarían esos dos días hasta la celebración de la final.

- ¡Josuá! ¡Josuá! – Jimona llamaba a Josuá desde el otro lado de la sala.

El niño la vio a lo lejos y se dirigió hacia ella.

- ¡Hola! Jimona, te estaba buscando. ¿Qué tal es tu habitación? – preguntó Josuá a Jimona, pues a cada uno le había tocado habitaciones diferentes.

- ¡Es genial!, la comparto con una niña estupenda, mira te la presento, se llama Ana Belén.

Josuá miró a la niña que le sonreía junto a Jimona y de repente sintió que todo desaparecía, desaparecieron el resto de niños y niñas, desapareció el ruido de las risas y el alboroto, desapareció el suelo y las paredes, incluso la luz desapareció, era como si una penumbra lo envolviera todo y una foco iluminara a aquella niña en medio de una sala vacía. Sintió que no había nada más en todo el mundo salvo la niña pelirroja de grandes paletas que le miraba con los ojos más bonitos que Josuá había visto en su vida.

- ¡Oye!, ¿pero qué te pasa? – le dijo Jimona a Josuá zarandeándolo por el hombro al ver que se había quedado petrificado.

Josuá volvió en sí y se puso totalmente rojo.

- Vamos Ana Belén, no le hagas caso, lleva unos días más raro de lo habitual. – Y diciendo aquello, las dos niñas entraron en la cocina.

La cocina parecía el paraíso del repostero, había de todo para hacer cualquier tipo de dulces. Electrodomésticos de última generación y productos frescos como nata, leche, huevos, frutas, etc., además de botes de azúcar, harina, y demás cosas necesarias para cocinar, llenaban las enormes estanterías en un perfecto orden. Todo era de un blanco reluciente y la sala olía como huelen las cosas que aun no han sido usadas.

- ¿Qué vas a preparar tú Jimona? - le preguntó Ana Belén.

- Voy a hacer la tarta de chocolate de mi madre, fue con la que gané el pase a la final. – Respondió la niña. – ¿Y tú? – le preguntó Jimona a su nueva amiga.

- Yo voy a hacer mi tarta de Gamuza Azul – respondió la niña.

Jimona puso cara de no haber oído nunca hablar de un dulce llamado así. Ana Belén se dio cuenta y continuó explicando. - Es una tarta, una variante que preparo de la Red Velvet, la llamo así por el intenso color azul del bizcocho.

- Seguro que está buenísima. – Dijo Jimona.

- Yo te daré un poco de mi tarta para que la pruebes y tú un poco de la tuya, también suena deliciosa. – propuso Ana Belén.

- ¡Trato hecho! – Dijo Jimona con una gran sonrisa. Y ambas niñas se prepararon para empezar a cocinar.

CAPÍTULO V

Josué también había ocupado su lugar en las mesas de la cocina, y empezó a probar con diferentes proporciones de harina y levadura, pero no conseguía que le saliera la masa con la misma textura que en el concurso. Empezaba a desesperarse.

Siguió intentándolo toda la mañana pero los resultados no eran los que buscaba. Por su parte Jimona probaba con nuevos tipos de galletas y chocolates, pues aunque el pastel había de ser el mismo, la organización permitía pequeñas variaciones e innovaciones en los ingredientes.

Después de que llevara un buen rato cocinando y viendo como todos los demás niños y niñas, hacían sus pasteles y dulces, Josué se acercó a Jimona para preguntarle qué tal iba, a lo que la niña le respondió que estaba pensando en ponerle nueces caramelizadas por encima a su tarta.

- Si quieres te las traigo – se ofreció Josué.

- ¿Me harías ese favor?, ¡Muchas gracias!, así voy terminando de derretir el chocolate. - dijo Jimona.

Josué fue a las estanterías y buscó el bote de nueces peladas. Lo encontró entre los melocotones en almíbar y el azúcar moreno. Se subió a una pequeña escalera que estaba dispuesta para que los niños llegaran a todas las baldas de las estanterías y cogió el bote. Decidió echar unas cuantas en un cuenco y devolver el bote a su sitio por si otro niño lo necesitaba, pero al abrirlo lo que encontró fue nueces completamente cubiertas de una especie de pelillos verdes y blancos, estaban podridas.

- Lo siento, las nueces están malas. - le dijo Josué a Jimona, volviendo donde estaba la niña.

- ¡Oh, vaya! - dijo Jimona. - Bueno, tal vez podría ponerle unas fresas, ¿querrías traerme unas cuantas, por favor?.

- Claro – dijo Josué, que se acercó a la zona de los ingredientes frescos.

Había frutas de todos los países y temporadas. Josué vio las fresas junto a los plátanos pero al coger una, vio que todas y también los plátanos, tenían los mismos pelillos verdes y blancos que las nueces. Josué llamó a Jimona para que se acercara.

- ¿Qué pasa Josué? – preguntó la niña.

- Mira, tampoco podrás usar las fresas, están malas, y también los plátanos. – dijo Josuá pensativo.

- Pues voy a avisar a la organización – dijo Jimona – así ninguno vamos a poder hacer nuestras recetas.

Los dos amigos dieron cuenta de lo que estaba pasando a los responsables del concurso que se llevaron un gran disgusto. Finalmente dijeron que había sido el mal funcionamiento de los aires acondicionados el responsable de que los alimentos se estuvieran pudriendo, así que suspendieron las prácticas, y también las del día siguiente, pues iban a llamar a un técnico para que revisara los aparatos y tendrían que comprar de nuevo todos los ingredientes y alimentos para la gran final.

Esos acontecimientos trastocaron los planes de la organización que tenía previsto prácticas para todo el día previo a la grabación final y así ir tomando imágenes de los niños para usarlas en el programa. Como no fue posible, la víspera, se convirtió en un día libre para los concursantes que sin embargo, no podían salir del hotel, así que empleaban el tiempo viendo la tele en los salones, jugando al tenis de mesa o al billar en la sala de ocio, o simplemente charlando en las habitaciones. Esto último es lo que estaban haciendo Jimona y Ana Belén, cuando llegó Josuá.

- Hola, ¿puedo pasar? – Preguntó Josuá golpeando la puerta semiabierta de la habitación de las niñas.

- ¡Claro! – dijo Jimona – pasa.

- ¿Qué hacéis? – preguntó el niño.

- Charlamos, ¿y tú? – respondió Jimona.

- Quería hablar contigo – Josuá le hablaba a Jimona pero sin poder dejar de mirar a la nueva niña.

- ¿De qué quieres hablar? – dijo Jimona que conocía bien a su amigo y notaba cuando le preocupaba algo.

- Es sobre la comida de la cocina – dijo Josuá apartando la mirada de Ana Belén y centrándose en el asunto que le había llevado hasta allí.

Jimona lo miraba con cara rara y Ana Belén parecía no entender nada.

- Se que nos han dicho que la comida se ha puesto mala por culpa de la temperatura pero hace un rato oí a unos adultos decir que los aparatos del aire acondicionado estaban perfectamente y que no comprendían que había pasado. – Empezó a relatar Josuá.

- ¿Y qué? – dijo Jimona.

- Pues que no creo que la comida se haya puesto mala de forma natural. – Añadió Josuá.

- ¿Entonces qué crees que es lo que ha pasado? – preguntó Ana Belén entrando por primera vez en la conversación.

- Ya he visto antes esos pelillos verdes y blancos, fue hace mucho tiempo, en nuestra ciudad. – dijo Josuá mirando intensamente a Jimona.

La niña entendió lo que quería decir su amigo pero no podía creerlo – Estás diciendo que... - Jimona enmudeció sin terminar la frase.

- ¡Sí! – dijo Josuá – no puede ser otra cosa, tiene que ser obra de Moho.

- Pero no puede ser Josuá, nosotros vimos como se hundió en aquel tanque de petróleo. – dijo Jimona con cara de profunda preocupación.

- Chicos, ¿de qué estáis hablando? – preguntó Ana Belén que miraba a sus dos nuevos amigos sin entender nada.

- Josuá tiene razón – Los tres niños se giraron sorprendidos para mirar hacia la mesa de la habitación de donde provenía la voz.

CAPÍTULO VI

Supermendruguito les miraba desde la mesa.

- ¡Eres tú! - exclamó Jimona

- ¡Amigo! - gritó Josuá corriendo hacia él - ¡Me alegro tanto de verte!

- Hola chicos – dijo el trozo de pan muy contento.

Supermendruguito voló hasta la palma de la mano de Josuá que lo miraba con los ojos emocionados, Jimona se había acercado también. Pasaron unos segundos sin que nadie dijera nada, hasta que por fin la niña rompió el silencio – será mejor que alguien le explique a Ana Belén lo que está pasando – La nueva amiga estaba paralizada con la boca y los ojos muy abiertos como si estuviera a punto de gritar.

- No tengas miedo Ana Belén, es nuestro amigo – dijo Josuá.

- Es Mendruguito, aunque nosotros lo llamamos Supermendruguito. Es un trozo de pan como ves pero aunque no lo creas, es un súper héroe.

Ana Belén seguía sin reaccionar.

- ¿Qué haces aquí? - preguntó Jimona volviéndose hacia el trozo de pan.

En el momento que este iba responder, Josuá le interrumpió con otra pregunta - ¿Por qué te fuiste?.

Supermendruguito voló hasta la puerta y la cerró, luego se puso de nuevo en la mesa.

- Las dos preguntas tienen la misma respuesta – contestó con voz serena. - Protegeros.

Jimona y Josuá se miraron entre sí, mientras Ana Belén seguía sentada en la cama con la espalda en la pared abrazada a sus rodillas, observando lo que estaba ocurriendo sin saber qué hacer o decir.

- Josuá – empezó a decir Supermendruguito – se qué has estado triste, yo también te he echado mucho de menos, a los dos, pero tenía que irme, el último día que nos vimos supe que Moho no había desaparecido con la explosión y comprendí que no pararía hasta acabar conmigo, si os tenía cerca, volvería a ponerlos en peligro, así que decidí marcharme.

- ¡Pero ni siquiera te despediste! - dijo Josuá
- También para mí fue difícil, lo siento – dijo el trozo de pan. - Ya sabéis que Moho ha estado aquí, Josuá, tú te diste cuenta cuando viste la comida podrida, creo que os ha seguido pensando que me encontraría con vosotros. Al no verme se ha ido, pero igualmente corréis un gran peligro, he comprendido que la única forma de protegeros es estando cerca de vosotros y acabando de una vez con él.
- ¿Pero cómo piensas hacerlo? - preguntó Jimona
- Aun no lo sé – respondió Supermendruguito.
- ¿Estamos en peligro? - sonó la voz temblorosa de Ana Belén que por fin había conseguido hablar. - Pero mañana es el programa, es el gran día, el hotel estará lleno de gente, están los demás niños y niñas, además vendrán nuestros padres y familiares – la niña estaba a punto de derrumbarse.
- Sólo podemos hacer una cosa – dijo el trozo de pan.
- ¿Qué? - preguntó Jimona que se había acercado para tranquilizar a su nueva amiga.
- ¡Encontrarlo antes! - respondió.
- ¿Pero cómo vamos a encontrarlo?, puede estar en cualquier parte, el hotel es enorme. - dijo Josuá.
- Seguiremos el rastro del olor de sus esporas – propuso Supermendruguito.
- ¿Sus qué? - preguntó Ana Belén que cada vez entendía menos.
- Moho es un malvado hongo que trata de acabar con la humanidad pudriendo toda la comida, es capaz de lanzar diminutas bolas con pinchos que salen de su cuerpo, con ellas podría acabar con Supermendruguito, pero desprenden un olor especial que él es capaz de detectar. - Le explicó Josuá.
- Está bien – dijo Jimona poniéndose de pie de un salto - ¿a qué estamos esperando?
- Ana Belén, no tienes por qué venir con nosotros, si tienes miedo lo entenderemos – dijo Josuá a la niña mirándola con ternura.
- Iré con vosotros, mis padres vienen mañana, si van a estar en peligro quiero hacer todo lo posible por evitarlo – dijo valientemente Ana Belén cogiéndose de la mano del niño que sintió como se le aceleraba el corazón y le subían los colores.
- ¿Y por dónde empezamos? - dijo Jimona
- Iremos a la cocina, lo encontraremos donde esté la comida – aseguró Supermendruguito. Y todos se pusieron en marcha.

Al llegar a la cocina la encontraron vacía, Supermendruguito iba en el bolsillo de Josuá.

- ¿Y ahora qué? - dijo Ana Belén.

- ¿Perdone? - Jimona se dirigió a uno de los empleados del hotel que pasaba por el pasillo.

- Hola pequeña, dime – se interesó el empleado.

- ¿Dónde está la comida que había en la cocina? - preguntó la niña.

- Se ha tirado toda, esta mañana se la llevó el camión de la basura. - respondió.

- Vaya, ¿ahora por dónde buscamos? - dijo Josuá.

- Gracias por su ayuda. - le dijo Jimona al trabajador.

- No te preocupes que para mañana tendréis todos los ingredientes – dijo el hombre siguiendo su camino – ya está toda la nueva comida en el almacén, en un rato la colocaremos en las estanterías.

Al oír eso, los tres niños y Supermendruguito se miraron. - ¡Al almacén! - dijeron todos a la vez.

Nada más llegar, Supermendruguito percibió el fuerte olor a las esporas.

- Está aquí, puedo olerle – dijo – Tened mucho cuidado.

Los niños empezaron a buscar entre las cajas de ingredientes y cestas de frutas que estaban apiladas formando pequeños pasillos. En el almacén no quedaba nadie trabajando por lo que todo estaba en silencio. De repente Josuá vio algo.

- ¡Mirad!, ¡está allí!, entre las uvas – dijo el niño.

- ¡Esconderos! - dijo Supermendruguito – yo me encargo.

Supermendruguito llamó a Moho desde el otro lado del pasillo.

- ¡Moho, te hemos descubierto, ríndete!

El villano se giró sorprendido, tenía las manos manchadas de uva, estas a su vez habían empezado a pudrirse.

- Así que por fin has dado la cara. - dijo Moho. - Pensaba que tendría que explotar este hotel también para que te dignaras a aparecer. - ¡Esta vez acabaré contigo! - dijo mientras lanzaba una ráfaga de esporas que surcaron el aire en dirección a Supermendruguito.

El trozo de pan giró en el aire y pudo esquivarlas. Se preparó para contraatacar. Voló a máxima velocidad y le golpeó con tanta fuerza que Moho salió disparado contra unas cajas. El villano salió de entre las tablas rotas y comenzó a lanzar esporas sin parar, Supermendruguito se retorció, giraba y volaba esquivándolas mientras avanzaba. Se notaba en su expresión que esta vez estaba dispuesto a acabar con Moho de una vez. Cuando estaba a punto de llegar hasta el villano, este le golpeó con uno de los trozos de madera sorprendiendo al pequeño héroe. Los tres niños observaban la batalla desde la distancia.

Supermendruguito chocó contra la pared aturdido, momento que aprovechó Moho para clavarle dos de sus esporas, Josuá gritó y salió corriendo para defender a su amigo, pero Moho cortó la cuerda de una de las redes que estaban en el techo del almacén haciendo que cayera sobre los niños immobilizándolos. Supermendruguito permanecía tirado en el suelo.

- Como siempre, tus intentos por acabar conmigo resultan patéticos. - dijo el malvado Moho mofándose del trozo de pan mientras se le acercaba para lanzarle sus esporas.

- Tenemos que ayudarlo – dijo Jimona – va a clavarle más esporas.

- ¿Y qué pasará? - dijo Ana Belén buscando la forma de liberarse de las redes.

- Si consigue clavarle más de diez, morirá. - dijo Josuá tratando de cortar las cuerdas a mordiscos.

- Esta vez sí - dijo Moho – despídete de tus amigos.

Supermendruguito permanecía quieto como aceptando su destino, Moho seguía acercándose, pero cuando estuvo lo suficientemente cerca Supermendruguito golpeó la estantería que tenía tras de sí haciendo caer un bote de jabón líquido sobre el villano que al sentir el contacto del jabón sobre su cuerpo dejó escapar un grito y salió volando por la ventana.

Los niños que por fin habían conseguido liberarse corrieron junto a su amigo que ya había conseguido arrancarse las dos esporas.

- ¡Buen trabajo! - dijo Josuá recogéndolo con su mano.

- ¿Estás bien? - le preguntó Jimona.

- Sí, ¿y vosotros? - se interesó también el trozo de pan.

- Realmente eres un súper héroe – dijo Ana Belén, que acercó sus labios para darle un pequeño beso a Supermendruguito. ¿Pero qué ha pasado con Moho?

- Tardaremos mucho en volver a saber de él – dijo entre risas Jimona.

- ¿Y ahora qué? - preguntó Josuá.

- Ahora ¡a prepararos para hacer pasteles! - respondió Supermendruguito. Y los cuatro se fueron felices para sus habitaciones.

CAPÍTULO VII

Llegó el gran día, todos los niños y niñas se despertaron muy temprano aquella mañana empujados de la cama por los nervios, durante el desayuno repasaban mentalmente los ingredientes y cantidades para que no se les pasara ningún detalle. Había un ambiente de emoción contenida en todo el salón de desayunos del hotel. El único que no comía era Josuá que estaba muy callado mirando el plato vacío.

- ¿Qué te pasa? - le preguntó Jimona a su amigo.

- No tengo hambre – dijo Josuá pensativo.

- ¿No tienes hambre? - preguntó extrañada la niña – pero si tú nunca te has saltado un desayuno y menos uno como este donde podemos coger todo lo que queramos.

- ¡Voy a hacerlo! - dijo Josuá poniéndose de pie.

- ¿Vas a hacer qué? - dijo Jimona que no entendía nada.

- Voy a contar la verdad – respondió el niño.

Josuá salió del salón y fue directo a buscar al director del programa de televisión. Supermendruguito se asomó por la abertura del bolsillo.

- ¿Qué pasa Josuá? - le preguntó.

- Es una larga historia pero te diré que voy a hacer lo que debo hacer – respondió su amigo que marcaba el paso con determinación.

Josuá llegó hasta una pequeña sala donde se encontraban sentados al rededor de una mesa un grupo de hombres y mujeres. En el centro de todos había un señor trajeado con pelo blanco, al ver al niño interrumpieron la reunión y se volvieron hacia él.

- Dígame joven, ¿qué le ocurre? - dijo el hombre del traje.

- Hola – dijo con timidez Josuá – quisiera hablar con el director del concurso.

- Soy yo – dijo el hombre – acércate.

- Hola – empezó de nuevo el niño – tengo una cosa que contarle – se notaba que le costaba trabajo articular las palabras, pero el tacto de Supermendruguito en su bolsillo le infundía valor.

- Muy bien – dijo el hombre – cuénteme.

Todos los presentes en la sala observaban a Josuá con una expresión entre divertida y expectante.

- Yo no debería estar aquí – dijo por fin el niño.

- ¿Y eso por qué? - preguntó el director.

- Porque no sé hacer la galleta, en el concurso para pasar a la final me salió mal la masa, en realidad quería hacer tortitas, como no me daba tiempo hacerla de nuevo, probé a meterla en el horno y así es como salió mi galleta. Pero no puedo reproducir la masa porque fue casualidad, no sé las cantidades de harina y levadura que usé. Sé que tenía que haberlo dicho antes pero no quería defraudar a la fábrica de galletas de mi ciudad que me pidió que la representara aquí, y sobre todo, no quería dejar sola a mi mejor amiga, sé que si no la hubiera acompañado no habría venido por miedo al viaje, y esto es muy importante para ella, es una gran repostera ¿sabe? Lo siento mucho, no puedo participar hoy. - Josuá notó como si un peso que había estado cargando sobre los hombros, de repente hubiera desaparecido.

Los hombres y mujeres se miraron entre sí haciendo comentarios en voz baja que Josuá no alcanzaba a oír, seguramente estarán decidiendo el castigo, pensaba el niño, pero le daba igual, se sentía mucho mejor y dispuesto a asumir las consecuencias de sus actos.

- La verdad es que es una noticia que no esperábamos – empezó diciendo el hombre del traje – todo está dispuesto para que participéis los cien niños y niñas que habéis llegado a la final. No obstante, este concurso no sólo busca encontrar al mejor repostero infantil del país, sino también transmitir al resto del mundo los valores que nuestros jóvenes tienen, valores como el esfuerzo, la responsabilidad, la disciplina, la dedicación y el amor por las cosas bien hechas, y he de decirle -el hombre seguía hablando de usted a Josuá, a pesar de ser un niño- que al haberse atrevido a contar la verdad, no sólo ha demostrado una gran valentía, sino ser responsable y gustarle las cosas bien hechas, es por ello que le felicito. Respecto a lo de no participar, déjeme que le haga una pregunta ¿podría intentar hacer la galleta?

- Supongo – dijo Josuá – el día que llegamos estuve practicando pero por el incidente con Moho... - Josuá se calló enseguida.

- ¿Con quién? - preguntó el hombre extrañado.

- ¡Nadie! - dijo Josuá tratando de salir del lío en el que se iba a meter – me refiero a lo de la comida, que como se puso mala, no he podido practicar más. - Josuá sonreía tratando de disimular.

- ¡Ah! Sí, claro – dijo el hombre – bueno, pues trate de encontrar la fórmula de su masa hoy durante el concurso. - dijo el hombre guiándole un ojo.

Josuá se puso muy contento y salió de la sala agradeciendo la oportunidad y asegurando que trataría de hacer la galleta.

Una vez ya fuera, Supermendruguito se asomó por el bolsillo para hablar con el niño.

- Lo he oído todo – dijo el trozo de pan – estoy muy orgulloso de ti, has hecho lo correcto, siempre hay que decir la verdad aunque sepamos que nos pueda traer consecuencias o castigos. No esperaba menos.

- Aunque esta vez me he librado – dijo Josuá sonriendo.

- Sí, estaba vez has tenido suerte – dijo Supermendruguito riendo también.

- Bueno, ahora a ver cómo hago esa dichosa masa. - dijo el niño pensando en lo que aun le quedaba por hacer.

- Yo que tú no me preocuparía por eso – dijo el trozo de pan.

- ¡Ah, no! ¿Y eso por qué? - dijo Josuá

- Porque el concurso empieza en un minuto y como no corras ¡no vas a llegar! - dijo el pequeño héroe señalando un reloj que había en la pared del pasillo.

- ¡Oh! - exclamó Josuá saliendo a toda carrera hacia la cocina.

Al llegar, todos los niños y niñas estaban preparados en su sitio, pasó rápidamente por detrás de las cámaras y ocupó con el mayor disimulo posible el suyo. A su lado estaba Jimona que lo miraba con reproche por haber llegado tarde.

- ¿Se puede saber qué estabas haciendo? - le dijo la niña.

- Ya te contaré pero todo está bien – dijo Josuá secándose el sudor de la frente por la carrera que se había dado, con una de las servilletas de papel que había en la mesa. - Mucha suerte Jimona y mucha suerte a ti también Ana Belén – le dijo a la nueva amiga que estaba justo delante de ellos.

- Bien, niños y niñas, vamos a comenzar la grabación del concurso – dijo un joven con auriculares y una carpeta en la mano – mostraos con naturalidad, no os pongáis nerviosos por las cámaras y que tengáis mucha suerte. Comenzamos en tres, dos, uno, ¡grabando!

Todos comenzaron sus recetas. Jimona repetía los pasos para su tarta de chocolate y Josuá iba probando con distintas masas buscando la combinación adecuada para que quedara como la otra vez.

Ana Belén también se afanaba en su tarta de gamuza azul. Miró a la mesa y repasó todos los ingredientes, comprobó que tenía los 250 g de harina, los 30 g de cacao en polvo, 100 g de azúcar, 250 g de aceite de oliva, 2 huevos talla L, 1 cucharadita de sal, 1 cucharadita de extracto de vainilla, el jugo de arándanos licuados con el que daría el color azul a su tarta, 250 g de leche mezclada con una cucharada de limón, 1 cucharada de bicarbonato, 2 cucharaditas de vinagre, 550 g de queso crema, 100 g de queso de cabra suave, y los 80 gramos de azúcar glas. Con todo dispuesto comenzó la preparación con mucha seguridad en sí misma.

En un bol mezcló la harina con el cacao y lo dejó a un lado. Luego batió el aceite con el azúcar, a lo que añadió los huevos, el colorante, la sal y el extracto de vainilla. Una vez batido incorporó a la mezcla, la leche con el limón que ya había reposado 10 minutos y la harina con el cacao. Por último mezcló el bicarbonato con el vinagre y lo añadió a la masa. Lo batió todo de nuevo y engrasó con aceite el molde que había cogido de la estantería.

Comprobó que el horno había alcanzado ya los 180 grados, así que metió el molde con la masa durante 40 minutos, en su interior.

Josué, por su parte, había dado con una masa muy parecida a la que hizo en el pase a la final y también la metió en su horno. Jimona también estaba montando su tarta de galletas con chocolate.

Ana Belén continuó batiendo el queso crema con el queso de cabra y el azúcar, hasta que formó una crema ligera y suave. Crema que aplicó al bizcocho una vez que lo había dividido en dos mitades, montando una tarta azul, esponjosa, de dos capas. Estaba muy satisfecha con el resultado.

A punto de acabar los sesenta minutos, todos los niños y niñas habían terminado sus dulces. Por las mesas había tartas de todo tipo, flanes de huevo, de almendras, con fruta escarchada, también roscos, rosquillas, bizcochos de colores, helados, cremas, pasteles grandes y pequeños, merengues, sorbetes, pastas, galletas, etc. El cronómetro llegó a su final. Al acabar el tiempo, el jurado que ya había probado todos los productos, se marchó para debatir y decidir el ganador del concurso.

Quince minutos más tarde, el jurado compareció. La expectación era máxima, las cámaras trataban de no perder detalle de los miembros del jurado ni de las caras de nerviosismo de los concursantes. Según los datos de audiencia, las personas que estaban viendo el programa en sus casas en ese momento se contaban por millones.

- Buenas tardes, hoy es un gran día, ya tenemos el ganador de esta primera edición del concurso “El mejor repostero infantil del país”. Y como no me gusta el suspense lo diré de forma inmediata, no sin antes recordar que el premio es llevar el postre del ganador a nuestra fábrica para hacer cientos iguales y enviarlos a todos los países para que sea mundialmente conocido, además del viaje al parque de atracciones que elija. - dijo el portavoz del jurado.

Todo el mundo aguantaba la respiración.

- El ganador, en este caso ganadora es – pronunció con voz solemne el portavoz. Jimona agarró con su única mano la camiseta de Josué presa de los nervios – ¡Ana Belén! y su tarta de Gamuza Azul.

La niña se llevó las manos a la cara y empezó a llorar de alegría, Jimona soltó la camiseta de Josué y fue corriendo a abrazar a su compañera de habitación y nueva amiga, Josué también se unió al abrazo. Todo el mundo aplaudía con fuerza.

La música del concurso puso fin a la emisión y todos, participantes, familiares, periodistas, trabajadores y cámaras, fueron abandonando poco a poco la cocina que había servido de plató para la realización del programa.

CAPÍTULO VIII

El éxito del programa había sido abrumador, en todos los medios de comunicación se hablaba de Ana Belén y su tarta de Gamuza Azul. La fábrica de dulces del organizador del concurso había estado trabajando veinticuatro horas sin parar para fabricar las mil tartas, que ya estaban metidas en cajas y listas para que el camión de la empresa las llevara al aeropuerto, desde donde serían distribuidas por todos los continentes y países.

Por su parte, Jimona, Josuá, Supermendruguito que se ocultaba en el bolsillo del niño y Ana Belén, esperaban juntos en aquel mismo aeropuerto a que fuera la hora de sus respectivos vuelos. Los niños se habían hecho muy amigos y ahora les costaba despedirse.

- ¿Ana Belén, te has dado cuenta de que todo el mundo te mira? - dijo Josuá divertido.

- Supongo que verían el programa – dijo la niña con timidez.

- ¿Supones? - dijo Jimona – pues claro que lo vieron, fijate en las portadas de esos periódicos, ¡no se habla de otra cosa!

- El que está muy callado es Supermendruguito – dijo Ana Belén cambiando de tema, pues la idea de ser famosa y que la trataran de forma distinta a partir de ahora, le incomodaba.

- Es verdad – dijo Josuá - ¿Qué te pasa amigo? - le preguntó al trozo de pan.

Supermendruguito se asomó fuera del bolsillo.

- No me ocurre nada, sólo estoy pensando en la batalla con Moho, es todo muy extraño, siento que fue demasiado fácil deshacerse de él, nunca se había rendido tan rápidamente - dijo pensativo.

- Le diste su merecido – dijo Jimona – le quitaste las ganas de volver a por más – las risas de la niña contagiaron a sus amigos que empezaron a reír también.

- ¿Qué os parece si damos un paseo por el aeropuerto? - dijo Josuá – podíamos ir a la zona de las tiendas – sugirió.

- Es una buena idea – dijo Ana Belén – vamos a decírselo a nuestros padres.

Los papás y mamás de los tres niños se habían conocido en el programa y ahora tomaban juntos unos zumos en la cafetería del aeropuerto mientras observaban a sus hijos.

- Papá – dijo Jimona - ¿podemos ir a dar una vuelta por el aeropuerto?
- Queremos ir a la zona de las tiendas – dijo Josuá a su madre.
- Bueno, supongo que sí – dijo el padre de Jimona, mirando al resto de adultos buscando la aprobación de los demás.
- Aun quedan dos horas para nuestros vuelos – dijo la madre de Ana Belén – a mí me parece bien si a los demás también.
- Tened mucho cuidado e ir siempre los tres juntos, dentro de una hora tenéis que estar aquí, ¿de acuerdo? - zanjó el padre de Jimona.
- ¡Está bien! - dijeron los tres niños que ya habían salido a la carrera, dirección a las tiendas.
- ¡Estos niños! - dijo la madre de Josuá volviendo a la conversación con los demás padres.

El aeropuerto era enorme, desde allí salían miles de aviones al día a miles de destinos. La construcción era de estilo futurista, con altos techos y paredes de cristales, por todos lados había zona de juegos infantiles y cintas mecánicas que transportaban a los cansados viajeros de un lugar a otro sin que estos tuvieran que moverse. Gente de todas las nacionalidades iban de aquí para allá, y máquinas cuya única función era abrillantar el suelo, eran empujadas por trabajadores, sin un rumbo fijo.

- ¡Eh, fijaros! - dijo Jimona – ¡está aterrizando un avión justo en este momento, vamos a verlo!

Los tres niños corrieron hacia el enorme ventanal para ver el avión tocar tierra.

- ¡Guauuu! - dijo Josuá justo cuando las ruedas empezaron a rodar por el suelo y los frenos trataban de detener el aparato.
- ¡Mirad allí! - dijo Ana Belén con un dedo pegado al cristal apuntando en una dirección.
- Es el camión del concurso – dijo Josuá
- ¡Seguro que son tus tartas! - dijo Jimona

Los niños siguieron con la mirada los movimientos del camión hasta que se detuvo, al momento el conductor se bajó y fue a la parte trasera para abrir las puertas, efectivamente, en su interior transportaba cientos de cajas.

- ¡Moho! - dijo Supermedruguito muy sorprendido.
- ¿Qué? - preguntó Josuá a su amigo.

- ¡Es Moho! - respondió el trozo de pan – lo he visto salir de la parte interior del camión en cuanto han abierto la puerta.

- ¿Estás seguro? - dijo Jimona

- ¿Y qué hace aquí? - dijo Ana Belén con cara de preocupación.

- No lo sé – dijo Supermendruguito – pero voy a averiguarlo.

- ¡Vamos! - dijo Josuá. Y los cuatro se pusieron en movimiento.

Los niños y el trozo de pan llegaron hasta la puerta que daba acceso a las pistas de aterrizaje, era una zona restringida sólo para personal del aeropuerto con autorización y estaba cerrada con llave. Justo cuando estaban tratando de abrirla oyeron que alguien se acercaba, así que se escondieron detrás de una papelera. Cuando el peligro de ser descubiertos había pasado, volvieron a acercarse a la puerta.

- Tenemos que entrar por aquí – dijo Supermendruguito.

- Rompe la puerta con tu súper fuerza - dijo Jimona

- Si lo hago saltarán las alarmas y nos pillarán – explicó

- ¿Entonces qué hacemos? - dijo Josuá

Supermendruguito voló hasta la ventanilla redonda de la puerta para tratar de mirar al otro lado.

- La puerta está cerrada con pestillo, si lograra pasar al otro lado podría abriros desde dentro - dijo el trozo de pan.

- ¿Y cómo piensas hacerlo? - volvió a preguntar Josuá

- Mi cuerpo es de pan, puedo cambiar de forma si me presionan, tenéis que empujarme entre la puerta y el suelo hasta que logre pasar al otro lado. - explicó Supermedruguito.

- ¿Pero eso no te hará daño? - preguntó Ana Belén.

- Tranquila, no me dolerá. - le aclaró

Los niños metieron las piernas de Supermendruguito entre la puerta y el suelo, y empezaron a empujarle suavemente. Poco a poco su cuerpo se fue aplastando y entrando por el hueco hasta que pasó al otro lado. Al momento el trozo de pan que ya tenía su forma normal, los saludaba desde el otro lado de la pequeña ventana haciendo girar el pestillo.

Los niños salieron a la calle, un viento frío les acarició las caras, vieron el camión y se dirigieron hacia él.

- ¡Está vacío! - dijo Jimona

- Aquí no está Moho – dijo el trozo de pan.
- ¡Eh, niños! ¿Se puede saber qué hacéis aquí? - oyeron que les decía una voz que se acercaba por detrás – es muy peligroso estar en la zona de despegue y aterrizaje de los aviones. - Era el conductor del camión que volvía con unas hojas en la mano.
- ¿Qué ha pasado con las cajas? - preguntó Jimona al conductor.
- ¿Qué sois fan del concurso? - dijo el hombre sin responder a la niña.
- Ella es Ana Belén, la ganadora del concurso – dijo Jimona señalando a su amiga.
- ¿En serio?, déjame que te vea, ¡sí, es verdad, eres tú! - dijo el conductor – mis hijos son grandes admiradores tuyos, ayer no se perdieron ni un minuto del programa. ¿Podrías firmarme un autógrafo para ellos?
- Claro – dijo Ana Belén que comprendió que tenía que ayudar a entretener al hombre, pues estaba viendo como por detrás de él, Josuá y Supermendruguito se habían colado dentro del camión. - ¿Dónde quiere que le firme?
- Aquí mismo, en la hoja del pedido – dijo el hombre ofreciendo el papel y un bolígrafo – Pues lo que he traído ha sido tus tartas – confirmó el hombre.
- Eso pensé – dijo Ana Belén mirando con complicidad a Jimona - ¿y qué han hecho con ellas? - preguntó la niña.
- Las han descargado y llevado a la cinta transportadora, de ahí se repartirán a los distintos vuelos – dijo el hombre.
- ¿Y cómo se reparten? - preguntó Jimona.
- La cinta es como si fuera un árbol, al principio van todas las cajas por un mismo camino, pero luego se divide en distintos tramos, como si fuera las ramas del árbol, y unas cintas más pequeñas llevan las cajas hasta la bodega de todos los aviones. Dentro de veinte minutos todos los aviones de este aeropuerto llevarán dentro una de tus tartas. ¿No es emocionante? - dijo el hombre mientras se daba la vuelta para cerrar la puerta trasera del camión, Josuá y Supermendruguito aun no habían salido.
- ¡Espere! - dijo Ana Belén cogiendo al hombre por el brazo.
- Dime – dijo el hombre extrañado.
- ¿No quiere una foto para sus hijos? - preguntó la niña tratando de ganar tiempo.
- ¡Sí! - respondió el hombre – ¡buena idea! ¡Un selfie de los dos!

El hombre sacó su móvil del bolsillo y se preparó para hacerse una autofoto con la niña, mientras Josuá y Supermendruguito saltaban del camión.

- Muchas gracias – dijo el hombre – has sido muy amable, espero que pronto vendan tu tarta en las pastelerías para poder probarla.

- Muchas gracias – dijo la niña

- Y ahora marcharos de aquí, es peligroso, y además os podéis meter en un lío. - añadió el hombre subiéndose ya al camión.

- Sí, ya nos vamos, gracias de nuevo – dijo Ana Belén volviéndose con Jimona hacia el interior del aeropuerto.

Los cuatro amigos se reunieron de nuevo una vez que el camión se había marchado.

- ¿Y bien? ¿Qué habéis descubierto? - preguntó Josuá a las niñas.

- Las cajas con las tartas van en una cinta transportadora hacia los aviones – dijo Jimona
- ¿y vosotros?

- Moho ha estado en el camión, hemos encontrado un trozo de cartón de una de las cajas con restos de tarta – dijo Josuá

Supermendruguito tomó la palabra – Nunca había visto ningún alimento con una concentración tan alta de veneno de esporas como en el trozo de tarta.

- ¿Pero qué está pasando? – preguntó Jimona

- No estoy seguro – dijo el trozo de pan – pero tenemos que comprobar las tartas antes de que suban a los aviones.

CAPÍTULO XIX

Una lluvia fina comenzó a caer del cielo mientras los niños volvían a entrar en el edificio por la misma puerta por donde habían salido.

- Debemos ir al lugar donde se almacenan todas las maletas y equipaje – dijo Supermendruguito.

Después de un rato, los niños y el trozo de pan encontraron el lugar que estaban buscando. Era una sala enorme llena de cintas transportadoras que subían, bajaban y se entrelazaban, formando lo que parecía un laberinto indescifrable por el que se transportaban sin parar maletas de todos los colores y tamaños, carritos de bebés, guitarras y hasta tablas de surf. Todos los objetos eran llevados a través de esas cintas a sus respectivos aviones mientras los dueños y pasajeros descansaban en su interior, ajenos al trasiego.

Nada más entrar, Josuá vio a dos trabajadoras que salían por otra de las puertas de la sala, tras terminar de subir las últimas tartas a la cinta. Las cajas, reconocibles porque tenían un sello del concurso en el lateral, se movían unas detrás de otras en una perfecta fila, empujadas por la cinta hasta que llegaban a las intersecciones, momento en el que unos brazos mecánicos y articulados, las iban apartando de forma selectiva para desviarlas hacia nuevas cintas que a su vez, las llevaban a otras y así hasta que llegaban a sus destinos, las bodegas de todos los aviones que saldrían del aeropuerto ese día.

- ¡Hemos llegado tarde! - dijo Jimona – las cajas ya están en las cintas, será imposible poder comprobarlas antes de que suban.

Josuá dio un paso al frente y dijo - ¡Tengo una idea! Detengamos las cintas.

- Pero eso creará un caos en todos los vuelos porque no llegarán los equipajes – dijo Ana Belén.

- Eso será mejor que el envío masivo de esporas por todo el planeta – dijo Supermendruguito con seriedad – Josuá tiene razón, hay que detener las cintas.

- Está bien – dijo Jimona - ¿pero cómo?

- Allí, al lado de aquella columna - dijo Josuá que ya se había fijado - hay un botón que pone “pulsar en caso de peligro”, seguro que detiene el movimiento de todas las cintas.

- ¡Eso es! - dijo Supermendruguito que ya había salido volando hacia el botón.

Como en la sala no había nadie, no había peligro de ser visto, así que Supermendruguito volaba entre las cintas a toda velocidad, cuando de repente un fuerte impacto lo derribó

haciendo que chocara contra una de las cintas. El malvado Moho le había lanzado sus esporas.

- ¡Mira que eres pesado! - dijo el villano subiéndose encima del trozo de pan, que aturdido por el golpe, era arrastrado por la cinta – ¿Cuándo aprenderás a no meterte donde no te llaman?, creía que después de la falsa de la batalla del almacén, donde te hice creer que me habías vencido, te habrías olvidado de mí, ¡pero no!, ¡el buen trozo de pan, tenía que seguir metiendo sus narices en mis asuntos y descubrir el plan! Pues sí – continuó diciendo Moho - voy a enviar mis esporas escondidas en las tartas por todo el mundo, y cuando las abran contaminarán el resto de alimentos y estos a otros, y así conseguiré acabar con toda la comida de la humanidad. Cuando las personas no tengan nada que comer, ¡dominaré el mundo! - Tras esta última frase, Moho dejó escapar una siniestra carcajada.

Los niños aun no habían reaccionado cuando de repente, la puerta de la sala se abrió. Las dos mujeres que habían estado subiendo las cajas en la cinta, volvían para continuar con sus tareas. Al verlas, Moho lanzó una espora contra uno de los cables de electricidad que había en el techo haciendo que este se soltara y fuera a caer justo contra la puerta. Tras el impacto del cable, la puerta golpeó a las trabajadoras que cayeron inconscientes al suelo. El chisporroteante cable, comenzó a saltar y a moverse descontrolado como una serpiente enfurecida, amenazando con electrocutar todo lo que se interpusiera en su camino.

- ¡Que no toque la puerta sobre las que están apoyadas las mujeres! - dijo Supermendruguito a los niños recuperando la conciencia – tenéis que evitar que toque la puerta de metal o las mujeres morirán.

Josué recordó aquella lección en clase, donde les explicaron que la electricidad puede circular a través de los objetos de metal pero no a través de los de goma, por eso todos los cables están siempre recubiertos por fuera de ese material. Ellos tenían zapatos con suelas de goma, observó, así que podían tocar el cable, sólo tenían que evitar el extremo por donde trataba de salir la corriente de electricidad. Era muy peligroso porque el cable no paraba de moverse pero tenían que salvar a aquellas mujeres.

Los tres niños a la vez, saltaron sobre la serpiente de electricidad y consiguieron agarrarla con fuerza en el preciso momento en el que iba a tocar la puerta.

- ¡Estos niños amigos tuyos también empiezan a cansarme! – dijo Moho – cuando acabe contigo, me encargaré de ellos – tras lo cual lanzó otra de sus esporas sobre la cinta por la que circulaban, abriendo un boquete irregular, lleno de aristas y filos cortantes.

La idea era que Supermendruguito, arrastrado por la cinta hacia la parte rota, se cortara con los trozos de metal de los bordes del boquete, igual que un trozo de queso en un rallador. El trozo de pan trataba de levantarse pero Moho lo empujaba contra la cinta, pinchándole con la punta de una espora, haciendo que su veneno lo debilitara. Los niños observaban desde el suelo sin poder hacer nada, pues tenían que seguir aguantando el cable con todas sus fuerzas.

Casi habían llegado a la parte de las cuchillas. Supermendruguito se agarró con todas las fuerzas que le quedaban a la pared de la cinta para evitar seguir avanzando. El roce

contra su espalada empezó a provocar que la temperatura de su cuerpo aumentara, un intenso olor a pan tostado se esparcía por todas partes.

- ¡Supermendruguito! ¿Qué está pasando? – gritó Josuá agarrado al cable y alertado por aquel olor.

- ¡No suertes el cable, Josuá! No importa lo que me pase a mí, pero no soltéis el cable – grito el trozo de pan que empezaba a tener dificultad para articular las palabras. El calor por el roce estaba haciendo que su cuerpo se tostara y endureciera, no sabía cuanto podría aguantar antes de estar totalmente tostado.

Moho saboreaba su victoria.

De repente, Supermendruguito que seguía agarrado a la pared de la cinta, soltó una de sus manos y se abrazó a Moho con todas sus fuerzas, agarrándolo incluso con las piernas. Moho que no se esperaba esa reacción no entendía lo que pretendía, pero pronto se dio cuenta, el trozo de pan cada vez desprendía más calor, empezó a derretir al villano que trataba de escapar de su abrazo sin lograrlo.

El trozo de pan dudaba de sus fuerzas, si se tostaba por completo ya no habría solución. Ambos, héroe y villano, sufrían el intenso calor en una lucha por ver quién aguantaba más.

Finalmente Moho se derritió por completo, derramándose sobre una pila de maletas que había debajo, pero Supermendruguito estaba totalmente exhausto y sin poder moverse, se dejó llevar por la cinta hacia las cuchillas del boquete, aceptando su trágico final. Sin embargo, en el momento que iba ser cortado por uno de los trozos de chapa afilada, la cinta se detuvo. Los niños habían pulsado el botón tras conseguir amarrar el cable a unos de los extintores que había en la pared.

Rápidamente el lugar se llenó de gente. Todos trataban de averiguar lo que había pasado. Las dos mujeres se recuperaban del golpe auxiliadas por los servicios sanitarios del aeropuerto, mientras los niños se escabullían del lugar llevándose al trozo de pan, endurecido y tostado, sin que nadie los viera. Antes de irse, dejaron escrito en la pared: “Las tartas están malas, no deben subir a los aviones”.

Las autoridades pensaron que había sido un ataque para boicotear el famoso programa que tanta repercusión y fama había tenido, y retiraron las cajas con las tartas para analizarlas, poco a poco todo volvía a la normalidad.

CAPÍTULO XX

Los niños corrían por los pasillos del aeropuerto, el trozo de pan, aparentemente sin vida, iba en las manos de Josuá. Por megafonía anunciaban que un problema sin importancia en la zona de carga de los equipajes, ocasionaría algunos retrasos en los vuelos.

- ¿Ha muerto? - preguntó Ana Belén sin dejar de correr.

- ¡No lo sé! - dijo Josuá muy preocupado – está muy duro y seco, parece que no respira.

Los niños seguían corriendo hacia la zona donde se encontraban sus padres. Habían decidido revelar su secreto a los mayores para que les ayudaran a encontrar una solución para su amigo. Era una decisión difícil pero no encontraban otra.

De pronto, al pasar por una de las cafeterías, Jimona vio algo que la hizo detenerse.

- ¡Esperad! - dijo la niña a sus dos amigos

Los niños frenaron su carrera de inmediato.

-¿Qué pasa? - dijo Josuá con la respiración entrecortada – ¡tenemos que buscar una solución para Supermendruguito!.

- Es que ya lo tengo – dijo Jimona señalando con su única mano un cartel – podemos preservar el secreto de Supermendruguito y ayudarle.

En el cartel aparecía dibujada, una sonriente magdalena que parecía haber aumentado su tamaño al absorber un vaso de leche.

- ¿Qué? - preguntó Ana Belén.

- Tenemos que mojarlo para que vuelva a hidratarse – dijo Jimona

- ¡Pero no puede mojarse! - dijo Josuá, casi gritando por lo que le parecía una idea descabellada - ¿A caso no te acuerdas de lo que ocurrió la última vez? Si se moja, se deshará.

- No si controlamos la cantidad de agua – dijo Jimona convencida de sus palabras. - Es como con esos alimentos deshidratados que venden, cuando los mojas recuperan su forma y textura. ¡Hacedme caso! Estoy segura de lo que digo.

Ana Belén, se quedó pensando y añadió – Creo que tiene razón Josuá. Una vez cociné una sopa con fideos deshidratados, al meterlos en el agua aumentaron su tamaño y recuperaron su forma. Además, sabemos que cuando metes la tostada en la leche, el pan se vuelve blando de nuevo. ¡Podría funcionar!

- Está bien - dijo Josuá – vamos a intentarlo.

Los niños entraron a unos de los servicios del aeropuerto y pusieron al trozo de pan bajo el grifo.

- ¿Estáis seguras? - preguntó Josuá antes de dejar caer el agua.

- Abre el grifo Josuá, confía en mí – dijo Jimona

Josuá dejó caer un hilillo de agua sobre Supermendruguito. El trozo de pan se fue empapando poco a poco.

- Ya es suficiente – dijo Jimona.

Ninguna señal de vida. Dejaron al trozo de pan sobre el lavabo y se quedaron esperando. Al cabo de un minuto, el color oscuro de su piel se fue volviendo de nuevo blanco, y las zonas que estaban más duras y secas se fueron ablandando. Supermdruguito abrió los ojos y miró a los tres niños.

- Lo hemos vuelto a conseguir, ¿eh? - dijo el trozo de pan incorporándose aun con dificultad – Estoy empapado, ¿de quién fue la idea?

- Se le ocurrió a Jimona – dijo Josuá feliz por Supermendruguito y muy orgulloso de su amiga.

- Me has salvado la vida – le dijo el trozo de pan a la niña.

- Y tú has salvado a la humanidad – le respondió Jimona cogiéndolo con su mano para acercárselo a la cara.

- ¡Eres increíble! - dijo Ana Belén.

- ¡Los padres! - dijo Josuá agarrándose la cara con ambas manos e interrumpiendo aquel emotivo momento.

Faltaba un minuto para que terminara la hora que les habían dado de plazo, así que los niños volvieron a salir a la carrera con Supermendruguito metido en el bolsillo de Josuá.

Cuando llegaron, ninguno parecía haberse dado cuenta de todo lo que había ocurrido en esa hora. Saludaron a los niños con la mano y siguieron hablando amigablemente sobre lo orgulloso que se sentían de que a sus hijos les gustara cocinar y ayudar en las tareas de casa.

Los niños, cansados por todo lo vivido, se sentaron en los bancos que estaban junto a una de las cristaleras para descansar de tantas emociones, sin atreverse a hablar entre

ellos de todo lo ocurrido por miedo a que alguien les oyera. Así que se distrajeron mirando como terminaban de cargar uno de los aviones que estaba a punto de despegar. Los tres se incorporaron a la misma vez de un salto y pegaron sus caras al cristal, la última maleta que entró en la bodega del avión, tenía una capa de pelillos verdes y blancos que la envolvía por completo.

El avión despegó y los cuatro amigos se miraron entre sí.